

La vieja escuela

Miguel Cárceles

El mayor de los cumplidos que en los tiempos que corren puede recibir, ni que sea de forma aislada y en muchas ocasiones con más exageración que realidad es el de parecerse a los de la “vieja escuela”. Un término ya de por sí paradójico, porque a quienes así se les califica son ya de la facultad. Y lo de viejo o vieja es algo tan sumamente subjetivo que decae por su propio peso. Sin embargo, y pese a esto, sigue siendo una definición que llena de orgullo. Se asocia a los periodistas de la vieja escuela el ser aguerridos, el llegar al fondo de las historias, el no quedarse con las declaraciones. El bucear en papeles hasta desentrañar lenguajes y jergas que le son ajenas. El no andarse con circunloquios, el defender lo que se cree justo. El encontrar en el tedio la



significación del periodismo: la novedad, lo que interesa a la gente. Aquello que resulta relevante en su vida diaria y cuya vigilancia recae en el encargado de contar historias.

A Román le conocí hace muchos años en la Asociación de la Prensa, junto a Belda y otros de esa vieja escuela en la que yo también meto a grandes personas Pepe Martínez o José María Granados. Me sorprendía de forma muy

especial el modo en el que derrochaban -derrochan- ilusión por una profesión en demasiadas ocasiones desvencijada, afeada, mal valorada y mal pagada. De esas que no tienen horarios, de las que minan la vida familiar y social. Como si no existiese una vacuna lo suficientemente desarrollada para deshacerse de ese virus que te lleva a dedicarte a este malogrado pero maravilloso oficio.

En una ocasión, hace ya bastantes años, me encontré a Román por el Paseo. Los dos volvíamos a casa en direcciones contrapuestas. Y sin aflojar el paso, alzó la mano y me dijo: "Cárceles, me ha gustado lo de hoy (no recuerdo la noticia a la que se refería)]. Tú eres de los periodistas de antes, de los de la vieja escuela". Arqueó el bigote con la sonrisa y siguió camino de casa. No sé si lo dijo en serio -aunque Román no es hombre de decir las cosas por decirlas-. Pero las palabras nunca son gratuitas y a mí, que tengo en alza el esfuerzo de una vida de trabajo desinteresado y consciente, consistente y con valores, me hicieron mella.

He pensado mucho en aquello. En estos tiempos turbios en los que parece que todo se tambalea, las reflexiones existenciales son habituales, constantes.

¿Soy de los de antes? ¿O el tiempo nos está (me está) cambiando con esta nueva forma de contar y con estos nuevos temas "relevantes de relevancia relativa"? ¿Contamos lo que le interesa a la gente o más bien al contrario, estamos cayendo en una rutina de raíles sin posibilidad de divergir?

¿Cumplimos nuestro cometido? ¿Hacemos justicia a la historia de una profesión, de un oficio, que ha costado tanto sudor a nuestro mayores?

Sé que siempre tendré en Román alguien a quien poderle preguntar sus pareceres. Un hombre que en tiempos de flaqueza insufla ánimos y recarga las pilas. Curioso, que tenga que ser un veterano quien anime y acalore a un novel. También alguien crítico, íntegro, de los que también te sacan los colores cuando te desvías de la senda. Y yo, mientras tanto, intentaré a diario parecerme mínimamente a esos de la vieja escuela, a los 'Romanes' de los que me gusta rodearme. De los que he aprendido y aprendo y por los que a día de hoy dedico mi vida a este oficio de contar las cosas.